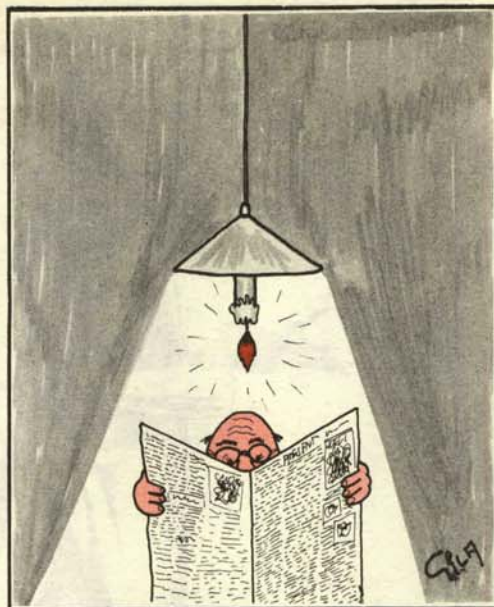




CUANTO MAS CAMBIA...

Nada parece tan normal como los nombres de las ciudades. Uno dice, es un decir, que se va a Timbuctú, y no se le ocurre pensar que a lo mejor la palabra Timbuctú quiere decir algo feo en la lengua de los que vivían allí en otros tiempos. No es que uno sepa muchos idiomas, pero casi todas las ciudades australianas que no tienen nombres ingleses, sino aborígenes, quieren decir, traducidos al cristiano: «Váyase Usted a la mismísima M», cosa razonable cuando un colonizador inglés llegaba a una aldea aborígen y preguntaba muy fino: «¿Cómo se llama este sitio?», sobre todo si los aborígenes conocían el percal de esas preguntas tan finas. Si miramos, por ejemplo, los nombres de los pueblos que no tenían armas automáticas al alborar el siglo diez y nueve, pues lo mismo: los bantús, como todos sabemos, son una raza negra que se extiende por así como media Africa. Bueno pues un buen día un grupo de soldados ingleses paró a un grupo de negros y les preguntaron: «¿Qué son Ustedes?», y ellos, cuando entendieron la pregunta, contestaron, claro: «Seres humanos», que es lo que eran, pero que en su lengua se dice «bantú». Y ahora tenemos la raza bantú, las lenguas bantús, y la tira de cosas bantús, como si los demás no fuésemos también bantús, o sea seres humanos. Y la mitad de esas tribus que no tenían armas automáticas por esas fechas se quedaron con el mismo sambenito. Y no crea el lector que nosotros, los hispanos, nos quedamos libres de esta falta de comprensión de idiomas sin capacidad de fuego de rifle. Un barco español iba por el golfo de Méjico sin saber dónde estaba cuando pasó junto a ellos una balsa llena de indígenas; los del barco español preguntaron: «¡Oiga! ¿saben dónde estamos?», y los indígenas, corteses, replicaron: «¡Oyucatan!», que quiere decir: «No entendemos», y así resulta que esa parte sur del golfo de Méjico se llama Yucatán. De «No entendemos» a «Váyase Usted a la mismísima M» la diferencia es sólo de matiz. En este planeta todos somos vecinos, y si no nos entendemos nos exponemos a que luego pasen las cosas: el primer embajador británico a Pekín llegó en su barco, allá por el siglo diez y siete o diez y ocho, a la desembocadura del río que conduce a la entonces capital imperial china y unos funcionarios imperiales subieron a bordo y le pusieron unos letreros en ideogramas chinos en la proa. El embajador no dijo nada por eso de que lo que no se entiende... Hasta que le mosquearon las muchedumbres enardecidas que vitoreaban su barco río arriba. Fue y mandó llamar a un intérprete y le dijo que se lo tradujera. No quería decir nada malo, lo que se dice malo, sólo esto: «Bárbaro del Norte que viene a pagar tributo». Como el erario chino andaba mal por entonces e Inglaterra por el contrario tenía más dinero del que necesitaba no es de extrañar que tanto contribuyente amarillo fuese a vitorear el barco del pagano (pagano, ciertamente) en cuestión. Después de todo, como dicen ahora los rusos, los chinos a lo mejor no son ni siquiera seres humanos, sino descendientes de la tripulación de un platillo volante que naufragó en el desierto de Gobi hace diez o veinte mil años. Vaya Usted a saber, lo que está claro es que las cosas se siguen repitiendo, aunque cambie la fonética.

B. WOLF



CUATRO años llevaban casados y ya el aburrimiento comenzaba a hacer mella en el matrimonio por lo que decidieron inventarse algo que, además de distraerles, alargara un poco más aquella boda que les parecía, ahora, tan absurda.

Se pusieron de acuerdo para establecer entre ellos 200 centímetros de separación. Aquel de los dos que rompiera esa distancia, podría ser apresado por el otro y quitarle lo que llevara encima, hacerse cargo del contenido y aplicar la multa correspondiente.

La casa estaba marcada por todos sus lados con cruces blancas que indicaban los dos me-

200 CENTIMETROS JURISDICCIONALES

tros entre cada una de ellas. Pero, ¿quién es capaz de mantener las distancias por mucho cuidado que se ponga en conservarlas, sin que un descuido haga caer dentro de los límites jurisdiccionales del otro?

Cuando no era él, era ella quien apresaba y se apoderaba de las «artes» e imponía la multa correspondiente. Otros cuatro años pasaron y cuatro parejas de mellizos alborotaban la casa. Llegó un momento en que ante

tal avalancha de criaturas decidieron irse a vivir a casa de sus padres. No hubo problemas en el reparto de los hijos porque cada cual se llevó cuatro idénticos a los otros cuatro. Los padres no estuvieron muy de acuerdo en la separación, pero los motivos que alegaron ambos cónyuges les hicieron reflexionar. Lo cierto es que ambos se salían de los límites jurisdiccionales con más frecuencia de la deseada y el sueldo no daba para tanto. Ahora ella vive en Burdeos y él en Cádiz. Salirse de los límites les cuesta un ojo de la cara y pescan ambos, en otras aguas menos peligrosas.

HIERRO

